

que el de restituir un marido á su mujer, al retener aquí á la señora Ducoudray.

—¿Y si, por el contrario, se lo arrebatara V.?

—Si no se explica V...

—Quiero decir, ¿si una pasión bastante violenta por haber puesto en riesgo la existencia de Mauricio, no le ha devuelto ésta sino con la esperanza de verse correspondido? Entonces sería V. quien habría introducido en la cámara misma de Clotilde una rival preferida. ¿Y en esto no ve V., mi querida baronesa, un inmenso peligro para lo porvenir de esos dos muchachos?

—Verdaderamente es atinada esta reflexión, respondió la señora de Barthele; y ya ve V. que cuando se me habla con juicio soy razonable.

—¿Y yo no lo soy acaso? El paso que me proponía dar era por demás natural; obedecía á mi cualidad de tío previsor el querer alejar de esta casa, lo más antes posible, á la señora Ducoudray; inspirábame mi conducta el amor que llevo á Clotilde...

—Lo comprendo; pero ¿qué le haremos? he sospechado de usted.

—¡De mí!

—Sí, mas va V. á perdonármelo.

—Menester será.

—Y bien mirado no sería de extrañar que no hubiese usted podido resistir á los hechizos de esa sirena.

—¡Vaya una idea!

—Terrible.

—¿Por qué?

—Porque... en una palabra, porque si Mauricio hubiese sido el amante de la señora Ducoudray...

—No lo ha sido nunca.

—Bien, pero si lo hubiese sido, sus relaciones de V. con esa mujer se convertían en un crimen.

—¡En un crimen! ¿Y por qué?

—Porque Mauricio es hijo de V., querido conde, y esto lo sabe V. perfectamente.

En este instante se oyó una débil voz detrás del seto de ojaranzos, voz que hizo enmudecer al conde y á la baronesa, quienes cruzaron una mirada de inquietud y

se salieron del bosquecillo; pero como no vieron alma viviente, se tranquilizaron, y se encaminaron hacia la quinta, siguiendo en voz baja la conversación.

XX

Entre tanto, como el lector no habrá hechado al olvido, los dos amigos se paseaban fumando.

—Y dime, León, dijo Fabián siguiendo con la mirada la espiral de humo que se elevaba girando encima de su cabeza, ¿no te admira el sesgo maravilloso que han tomado los acontecimientos, y no reparas como toda buena acción halla su recompensa? Toda mi vida he sustentado el deseo de saber quién era Fernanda, y hete que ahora lo sé, gracias á la indiscreción de la señora de Neuilly. A ti te devoraban las ganas de conocer quién era el soberano que reinaba en el número 19 de la calle de San Nicolás, y la turbación del conde de Montgiroux te ha puesto en autos.

—Esto sin contar la divertida comedia que hemos estado presenciando durante todo el día, repuso León. ¿Sabes, querido, que Fernanda es toda una mujer, y que si no consigo mis propósitos soy capaz de enfermar como Mauricio?

—No te lo aconsejo, pues dudo que Fernanda haga por ti lo que hace por Barthele.

—¿Luego crees que sigue amándole?

—Está loca por él, salta á la vista.

—Entonces, ¿qué significan sus relaciones con el conde de Montgiroux?

—¡Oh! ¡oh! querido, este es uno de los misterios del organismo de la mujer, que mientras dure el mundo serán un enigma para los Larochevoucauld y los Labruyere de todas las edades; tal vez sea un capricho, quizás una venganza, puede que un cálculo.

—¡Fernanda interesada! ¡quita!

—¿Quién sabe? Tú has visto la superficie de todas las

figuras agrupadas alrededor de Mauricio convalesciente; pues bien, ¿quién hubiera dicho que debajo de aquellas máscaras risueñas, en el interior de cada pecho, fermentaba una pasión que roía la más noble de las entrañas?

—Y á propósito de pasión, ¿á cuántas estás de la tuya, Fabián?

—Sería largo de explicar, es una empresa de empeño, empresa de verano; de encontrarnos en invierno no me quedaría tiempo para llevarla adelante.

—¿Pero estás satisfecho? ¿Te parece si haces algunos progresos en el ánimo de la bella celosa?

—Sí, no he perdido el día; y aun iba á arriesgar una declaración en toda regla, cuando esa necia de Fernanda ha venido á estorbarnos; confundida se vea; si puedo jugarle la mala pasada de ayudarte á que seas su amante, lo haré en cuerpo y alma.

—Me parece, en resumidas cuentas, que esto no sería peor para ella que haber sido la querida de Mauricio y del conde de Montgiroux.

—Y á propósito de esto, ¿has reflexionado en una cosa?

—¿En qué?

—En lo que dicen por ahí, que Mauricio es hijo del conde.

—Tienes razón; pero en este caso Fernanda sería...

—Una verdadera Yocasta, querido, con la diferencia, empero, que no es Edipo quien sucede á Layo, sino éste á Edipo: no falta sino que se encuentren en un mal paso y desenvainen la espada uno contra otro para completar la semejanza. Ya ves á lo que estamos expuestos en el mundo.

Los dos jóvenes se echaron á reír; Fabián, que había concluido su puro, sacó otro del bolsillo, se detuvo un rato delante de León para encenderlo, y una vez terminada la operación, preguntó á éste:

—Y tú ¿á cuántas estás?

—¿Yo? respondió León, no he adelantado un paso; pero ahora que sé quién es Fernanda, que Mauricio está enamorado de ella, y que los celos devoran al conde de Montgiroux, espero sacar provecho de estos tres secretos.

—¿Cómo! ¿acaso echarías mano de la intimidación?

—¿Qué quieres? si Fernanda me reduce á semejante extremo, no me cabrá sino emplearlo.

—Mal medio, querido, mal medio, créeme; una vez lo he puesto en planta y no me ha salido bien; yo en tu lugar recurriría al sentimentalismo; demostraría hipócritamente respeto á la desgracia. Las mujeres caídas tienen grande apego á que se las respete y están muy agradecidas á aquellos que se prestan á semejante capricho.

—Esto cuando no se burlan. Comprendo que esta intriga te salga bien tratándose de una mujer tan cándida como la esposa de Mauricio; pero temo que de emplearla yo con la astuta Fernanda, no haría sino perder tiempo y trabajo.

—Te equivocas: á las veces es más fácil engañar á una persona perspicaz que no á un ente cerrado de mollera; pero en definitiva, ¿cuál es tu proyecto?

—Ver venir; había contado con nuestro regreso á Paris; pero hela en este hospital Dios sabe para cuánto tiempo.

—Hagamos otra cosa entre tanto, querido.

—¿Qué?

—Formemos una liga ofensiva y defensiva. Tú quieres á Fernanda, yo á Clotilde; pues bien, influye á mi favor en el ánimo de ésta, y yo lo haré en el tuyo en el de aquella.

—Aceptado, pero antes explícame cómo debo componérmelas, y cómo vas á componértelas tú.

—Te confieso que mi cometido es más fácil que el tuyo, pues puedo acometer de frente el asunto sin reparar en las palabras. A ti te será menester bordear; así pues, vas á comenzar por disculparte, en nombre de la necesidad, de haberte atrevido á introducir una cortesana en la vivienda de la mujer honrada. Haz cuanto puedas para despertar los celos de Clotilde; dile, por ejemplo, que Mauricio te ha conferido el encargo de tranquilizarla en su nombre, encomendándote, al efecto, le comunicases que estaba resuelto á no ver más á Fernanda; lo que, como es natural, será una prueba de lo contrario.

—¿Habrás que entreverar en esto alguna frasecilla en tu elogio?

—No es absolutamente indispensable; á mi juicio sería más hábil murmurar; esto es lo más lógico, siendo como eres amigo mío.

—Me allanas completamente el camino; con que quedamos de acuerdo.

—Con todo no me desprestigies demasiado.

—Silencio; alguien llega.

—Quedamos de acuerdo.

—Vengan estos cinco.

—Daca los tuyos.

León y Fabián se estrecharon las manos en señal de estar cerrado el trato.

La persona que hacia ellos se encaminaba era Cornelia; la cual andaba con la rapidez de quien lleva malas noticias.

—Por fin doy con ustedes, dijo la de Neuilly; vaya que está galante el dejarnos solas á las pobres mujeres; por fortuna cuesta poco hallarles cuando se les necesita, pues la lumbre de sus cigarros brilla como dos linternas.

León y Fabián tiraron los cigarros.

—¿Y V. cree, señora, dijo Fabián, que de saber mi amigo y yo que V. tenía algo que decirnos, no nos hubiéramos apresurado á salir á su encuentro?

—Lo que tenía que decirles, repuso Cornelia, es que al conducir á esta casa á la respetable individua á quien han conducido, han hecho ustedes un magnífico regalo á la señora de Barthele y á Clotilde.

—¿Y eso? preguntó León de Vaux; sírvase V. explicarse.

—¡Ya! hagan ustedes como que no entienden; traten de engañarme fingiendo que ignoran quién es su pretendida señora Ducoudray.

León y Fabián cruzaron una mirada.

—Vamos á ver, ¿qué hay de extraño en que yo haya descubierto la verdad? continuó Cornelia. Pues á fe que no ha sido difícil. La señora de Barthele me ha rogado que por conducto de su ayuda de cámara hiciese transmitir al cochero de esa individua la orden de volverse á

Paris, como si dicha orden se la transmitiese su ama. Pero yo lo he arreglado mejor, he mandado á buscar al cochero; el cual, cuando ha oído hablar de la señora Ducoudray, ha abierto tanto así los ojos como quien pregunta: ¿Quién es esa señora? Como ustedes comprenderán, he insistido, y entonces he sabido que la supuesta señora Ducoudray no sólo no estaba casada ni lo había estado nunca, sino que ni existía; que se llamaba pura y simplemente Fernanda, y que indudablemente había tomado semejante apellido para introducirse en una casa honrada. Ya no me admira que la fulana tuviese tanto empeño en que no se pronunciase el apellido de su padre. Ahora me lo explico todo, menos el amor de Mauricio por una mujer semejante. ¡Qué tiempos estos, Virgen santa, en que los hijos de familia frecuentan la compañía de tales mujeres! Cuanto á mí, sé que de encontrarme en el lugar de la señora de Barthele y de Clotilde, odiaría de muerte á los que han conducido á Fontenay la palomita esa.

—Sería una grande injusticia, señora, replicó León, consiguiendo por fin deslizar una frase entre el torrente de palabras que brotaba de los labios de la indignada gazmoña, porque la misma señora de Barthele es quien nos ha rogado que condujésemos aquí á Fernanda.

—¿La señora de Barthele? ¡Ah! en esto conozco claramente la inconsecuencia de mi prima, pero á lo menos Clotilde ignora...

—Lo sabe todo, dijo Fabián.

—¡Cómo! ¿Clotilde sabe que Mauricio ha amado á esa mujer?

—Ya le he dicho á V. que lo sabía todo.

—¡Y ha permitido que entrase en el dormitorio de su marido!

—Ella en persona la ha conducido hasta al pie del lecho.

—¡Oh! exclamó la de Neuilly, esto traspasa los límites de lo verosímil; ya no me admira que mi llegada haya trastornado á todo el mundo, hasta al conde de Montgiroux. ¿Acaso el conde desempeña también algún papel en esta escandalosa comedia?

—También, respondió riendo León de Vaux, pero hay que hacer al par de Francia la justicia de que ignoraba de todo en todo que iba á encontrarse aquí con la señorita de Mormant; de lo contrario, me cabe el convencimiento de que se habría guardado de moverse de París.

—Lo creo; da poco gusto codearse con semejantes mujeres. ¡Y yo que la he besado, Virgen pura, y la he tuteado, y durante todo el día he corrido tras ella! ¡Ah! lo que es pasarse de buena!

Los dos jóvenes cruzaron un guiño.

—Por lo que acaba V. de decirnos, señora, repuso Fabián, nos tememos que pronto vamos á vernos privados de su amable compañía, porque V. no querrá en modo alguno encontrarse en el aposento mismo que su antigua amiga.

—Verdaderamente esto es lo que yo debería hacer, contestó con su voz más áspera la viuda; y tal lección se merecerían la baronesa y Clotilde; pero siento curiosidad por saber cómo soportará mi presencia esa mujer á quien ustedes dan el título de antigua amiga mía.

—Sin duda como lo ha hecho hasta lo presente, con mucha modestia al par que con mucha dignidad, repuso León, porque ignorará que V. conoce su secreto, á menos que V. se lo diga, ó alguien se lo diga por V.

—Y es lo que no dejaré de hacer yo misma si se atreve á dirigirme la palabra; pero por lo demás, ahora que estoy al corriente de todo, ó poco menos, pues tal vez existen otras cosas que ignoro, tengo comezón de ver el rostro que cada uno va á poner en torno del lecho del enfermo, y primero que todo el de Mauricio. Pero ahora caigo en ello, exclamó Cornelia, cuyo semblante se iluminó con un rayo de repugnante alegría, si Mauricio ama á esa mujercilla es señal de que no quiere á Clotilde.

Este solo pensamiento calmó la reconcentrada ira de la viuda, por cuyo sér se difundió una indecible sensación de bienestar; estaba vengada de los desdenes del hombre de quien había deseado ser esposa y de la mujer que en esta contienda la venciera; gracias al secreto que

acababa de penetrar, se sentía dueña absoluta de todos los que se encontraban metidos en aquellos lances, y de una sola ojeada consideró todos los recursos que le ofrecía su posición superior é incontrastable. El genio del mal la inspiró que en un instante y con una sola palabra podía aplastar con todo el peso de su desdén á la antigua amiga que en otro tiempo triunfara siempre de ella, y gozosa y seguida de León y Fabián se encaminó hacia la quinta, al llegar al pie de cuya escalinata les detuvo para decir:

—Señores, se me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—Respóndanme ustedes con franqueza.

—Primeramente explíquese V.

—¿Es hoy el primer día que el conde de Montgiroux ha visto á la supuesta señora Ducoudray?

Los dos amigos cruzaron una mirada, pasmados del instinto diabólico de aquella mujer.

—No me atrevería á asegurarlo, respondió León de Vaux sonriendo.

—Pues yo tengo la seguridad, repuso Cornelia, de que se conocen, y no sólo se conocen, sino que el conde de Montgiroux está enamorado de Fernanda; he sorprendido ciertas miradas de la señora de Barthele á éste, que... En verdad, sería gracioso que Mauricio y el conde...

Y llevada por su maligna inclinación, la viuda se echó á reír movida sin duda por alguna traviesa idea que le cruzó por la mente.

—¡Gracioso! repitió Fabián.

—Horroroso quise decir, repuso Cornelia con ademán grave; este es el calificativo, pues...

—¿Qué? preguntó Fabián.

—Nada, nada, respondió la viuda. Tienen ustedes razón, señores, es menester cerrar el pico y dejar que los acontecimientos se desenvuelvan. Lo que Dios dispone bien dispuesto está.

Y sonriendo con indecible malicia, la viuda subió rápidamente la escalinata, anhelosa por encontrarse frente á frente de aquellos á quienes creía, de entonces más, tener en el puño.

XXI

Interin la intriga de este extraño drama, á la vez tan sencillo y complicado, se aclaraba y se enredaba al mismo tiempo entre los cinco ó seis personajes que hemos puesto en escena en el limitado espacio de la quinta de Fontenay-aux-Roses en el corto intervalo transcurrido desde el instante en que empieza el capítulo primero de esta historia, el enfermo, ese mimado niño hombre que aun no había conocido los tropiezos de la vida humana sino en los obstáculos de un capricho amoroso, si bien es cierto que en semejante capricho estaba hondamente interesado el sentimiento; el enfermo, decimos, mecido por gratisimo desvario, aguardaba con impaciencia llena de embeleso el instante de ver nuevamente á Fernanda. El médico, sentado junto al lecho, respondía á las preguntas del paciente, añadiendo complacientemente á los efectos mágicos de la esperanza las balsámicas mixturas de su lenguaje; arte divino cuyo formulario está en el cielo. Excitadas por tan encontrados influjos, las facultades de Mauricio iban recobrando sus funciones en el mecanismo animal é intelectual del sér, hasta el extremo que la inteligencia ejercía ahora sin estorbo su imperio absoluto.

—Doctor, dijo Mauricio bajando la voz y paseando en torno de sí una mirada tímida; doctor, ahora que nos encontramos á solas, supongo que va V. á explicarme el por qué de la presencia de Fernanda en esta casa.

—¿Es menester explicar lo que el corazón adivina? preguntó el médico sonriendo.

—¿Ha sabido, pues, que yo quería morirme?

—Para enfermo es V. demasiado curioso.

—¿Pero mi madre ha permitido?

—¿Y quién ha visto nunca vacilar á una madre cuando se trata de salvar á su hijo?

—¿Entonces ella sabe?...

—Todo.

—Y Clotilde, dijo con viveza Mauricio, ¿sospecha algo? espero que no.

—Tranquílcese V.; gracias á León y á Fabián, que le han secundado á V. á las mil maravillas...

—¡Qué buenos chicos! ¿Cómo podré pagarles nunca esta deuda?

—Gracias al apellido supuesto que han dado á Fernanda.

—¿Y cómo ha consentido ella en tomarlo? Yo, que la conozco, no puedo menos de admirarme.

—¿Quiere V. que le diga la verdad? Yo creo que no ha consentido en cosa alguna, sino que todo estaba dispuesto cuando ella ha llegado, y que para no arruinar todas las esperanzas se ha visto constreñida á asumir el papel que de antemano la asignaran.

—¿Y ha visto V. qué rareza? la señora de Neuilly ha encontrado en ella á una antigua amiga de colegio.

—Estos son puramente efectos del acaso en que no atinan los más ingeniosos aparejadores de novelas; por fortuna este encuentro nada ha desbaratado. Y á fe, lo confieso, por un instante me lo he temido muy de veras.

—Así, pues, como siempre lo había sospechado, continuó Mauricio, Fernanda no es una cualquiera, antes al contrario, es hija de familia noble y ha estado educada en San Dionisio. ¡Oh! á lo menos yo había adivinado que era imposible que tantas perfecciones, tanta elegancia y tanta delicadeza no pertenciesen á una persona de elevada estirpe. ¡Querida Fernanda!

—Ea, ea, señor enfermo, repuso el médico deteniendo á Mauricio en medio de su entusiasmo, poquito á poco; ahora que de médico de cuerpo me he convertido en el del alma, no sólo para V. conservo tal carácter, si que también asumo el de confesor. Vamos á ver, respóndame usted con lisura: ¿está V. verdaderamente enamorado de esa mujer?

—¡Oh! cálese V., cálese V., respondió Mauricio con acento de doloroso temor. ¡Dios mío! ¡Clotilde es tan buena, tan perfecta, tan angelical!...

—Que V. la admira, ¿no es eso? pero sin embargo está enamorado de Fernanda.

—¡Qué quiere V., doctor! es un sentimiento involuntario, irresistible, que se ha apoderado de todo mi sér, y me quema y me devora. He querido luchar contra él, pero me ha vencido, y de resultas iba á perder la vida cuando V., ó más bien dicho ella ha venido. Entonces, ¡oh! doctor, no puedo expresar á V. lo que en mí ha pasado; al verla, me he sentido renacer, hame parecido que el aire, el sol, la vida, todo cuanto de mí se alejara á mí volvía; mire V., en este instante, sólo al imaginar que Fernanda se encuentra en esta casa, que va á venir, que voy á verla, siento un gozo infinito, un bienestar celestial. Escúcheme V., doctor, ahora que V. sabe y ha visto que en ello me va la vida, lo que tal vez hubiera usted dudado de decirselo yo, sea en esta casa un ministro de paz y de concordia.

—Vamos, V. desea que la retenga.

—Si cubriendo las apariencias fuese posible.

—Veremos, contestó el médico. Comprendo su deseo; las costumbres son esclavas de la moda, y á su edad y cuando uno es hombre de mundo como V. es, se sigue la moda. Nada pierde en ello el diablo, es verdad; pero, como V. dice, quedan cubiertas las apariencias.

—Por Dios, doctor, no se chancee V. con las cosas formales.

—¡Caramba! repuso el médico, ¿acaso me tengo yo la culpa de que lo chistoso se vuelva serio y de que lo serio se convierta en chistoso? Lo primordial es vivir, luego gozar de cabal salud, y por último ser dichoso si existe posibilidad de serlo.

—Está bien, replicó Mauricio, pero vivamos y seamos dichosos sin causar la desventura de nadie, sin hacer sonrojar á mi madre, ni que cueste lágrimas á Clotilde; y esto me temo sea muy difícil.

—¡Bah! ante todo restablézcase V. de su enfermedad; luego ensayaré curarle de su amor.

—¿Cómo?

—Como el doctor Sangredo, con sangrías y agua caliente.

—Ha de saber V. que yo no quiero curar, dijo Mauricio.

—Como si esto dependiese de V., replicó el médico; pero silencio, oigo pasos, sin duda es Fernanda.

—No, dijo Mauricio, no es ese su andar.

Era la señora de Neuilly, seguida de León y Fabián; detrás de los cuales y no bien hubieron éstos tomado asiento, entraron á su vez la señora de Barthele, Fernanda, Clotilde y el de Montgiroux, que ocuparon también, quien una silla, quien un sillón.

Mauricio, en la turbada disposición de ánimo en que naturalmente se encontraba, había visto entrar sucesivamente á todos los personajes que acabamos de nombrar, empezando por Cornelia y concluyendo por el conde, buscando leer en los respectivos semblantes el sentimiento que movía á cada uno.

Fuese preocupación, ó bien realidad, parecióle que la expresión de todos aquellos rostros no era la misma que en la hora del almuerzo; y es que durante el día á cada uno de los personajes les aconteciera un suceso importante. Clotilde había escuchado la historia de Fernanda y la de la baronesa de Villefore, ambas de gran enseñanza para ella; la señora de Barthele, á pesar de la negativa de Montgiroux, no podía sustraerse á la sospecha de que éste conocía á Fernanda, y esta sospecha le roía el corazón; Fernanda sabía que Mauricio, á pesar del apellido que llevaba, era hijo del conde de Montgiroux, y la idea terrible de que había sido la querida del padre y del hijo le torturaba el alma, y por último la de Neuilly sabía que su antigua amiga se llamaba Fernanda á secas, y que no existía tal señora Ducoudray, y además había adivinado los celos de la baronesa y el amor del conde. Sólo los dos jóvenes conservaban poco más ó menos la misma apariencia de cuando Mauricio les dejara; pero ¿qué le importaba á él lo que pensaban éstos, á quienes miraba como amigos suyos devotos?

No sin razón, pues, Mauricio notaba el cambio notable que experimentarían las fisonomías.

En efecto, en el rostro de cada uno de los personajes en aquel aposento congregados se veía la huella de las emociones que acababan de conmover su espíritu ó su

corazón. El conde no podía dominar la inquietud que le causaban las mal calmadas sospechas de la baronesa; la cual á su vez se esforzaba inútilmente en acallar sus celos, y suspiraba ensayando sonreír. Clotilde, puesta sobre aviso por Fernanda respecto de las intenciones de Fabián y acerca del estado de su propio corazón, no se atrevía á mirar á nadie. Fernanda, pálida, inmóvil y con los ojos fijos, parecía una víctima conducida á aquel sitio para sufrir un suplicio inevitable; y por último la de Neuilly, con la mirada de triunfo, los labios avanzados por el desprecio y las ventanas de la nariz abiertas por el desdén, asumía todos los caracteres de un genio del mal que se cerniese sobre aquella reunión.

El momento de la llegada había producido una treva; los personajes se habían saludado, agrupado, cruzado entre sí las frases corteses de cajón que constituyen la moneda corriente de los salones; pero á no tardar cada cual se sintió de nuevo subyugado por sus propias preocupaciones y todo quedó sumergido en el más solemne silencio.

Entonces fué cuando Mauricio fijó su ansiosa mirada en los que rodeaban su lecho; siendo tal el resultado de sus investigaciones, que inclinándose hasta el oído del médico, murmuró en voz baja:

—Por Dios, doctor, ¿qué ha pasado?

El médico tenía vehementes deseos de tranquilizarle, pero también él sentía algo nuevo, desconocido y amenazador cernerse en el aire.

Los personajes estaban agrupados del modo siguiente: Fabián ocupaba un sitio al lado de Fernanda, y León otro al lado de Clotilde; la señora de Barthele, resuelta á no dejar un instante de reposo al conde, le había hecho sentar pegado á sus faldas; sólo la de Neuilly estaba aislada, cual si los tertulios hubiesen comprendido instintivamente que, así como en la naturaleza, era aquella una excepción en la sociedad; podía, pues, la viuda, destilar su veneno tranquilamente y á su satisfacción sin temor de verse interrumpida en esta operación de química intelectual.

—Veremos, decaía entre sí Cornelia con su sonrisa

de odio que aterrorizara á Mauricio no menos que los descompuestos rostros de los demás personajes; veremos si alguno de los que están aquí se ocupará en mí, se dignará decirme palabra ó tendrá la voluntad de dirigirme algún cumplido. León se ocupa en Clotilde; es disculpable, ya que en su casa nos encontramos; y luego, ¿quién sabe si se aprovecha del desdén de Mauricio para enamorarla? Toma, no estaría mal, y sería curioso que mi prima pagase á su marido en la misma moneda. Fabián no ve, ni atiende, ni tiene palabras sino para Fernanda, una miserable supina. El conde de Montgiroux hace que escucha lo que le dice la baronesa, y ensaya contestar á ésta; pero aquí su ensalzado dominio sobre sí mismo le da higa, y visiblemente tiene la imaginación en otra parte. Únicamente yo estoy aislada, abandonada; pero á mi antojo y con una palabra todo cambiaría á mi alrededor; sí, murmuró la viuda contrayendo los labios con su sonrisa más viperina, me bastaría decir á Clotilde:

«—Es V. joven, hermosa y rica, pero ya ve V., juventud, hermosura y riqueza no son parte á retener á un marido, si bien en cambio proporcionan amantes.»

A Fernanda:

«—Usted ha arrebatado el marido á la esposa; se ha presentado aquí bajo un nombre supuesto, y aguarda con impaciencia que Mauricio, que la está sorbiendo á usted por los ojos, haya recobrado la salud para empezar de nuevo con él una intriga adúltera.»

Al conde de Montgiroux:

«—Eso se le da á V. de sus juramentos así en política como en amor. Cansado de los placeres semi permitidos, excita V. sus apetitos con el incitativo del incesto; pero su fortuna, por más que sea colosal, no basta para darle el exclusivo dominio sobre un corazón abierto para todos y que del cambio ha hecho una necesidad.»

A la baronesa:

«—La mujer esa á quien, contraviniendo á las leyes sociales, ha llamado V. á su casa, en su debilidad para con su hijo, se aprovecha de la hospitalidad que V. la concede para arrebatarle el hombre que durante vein-

ticinco años ha hecho de V. una piedra de escándalo.»

Y por fin á Mauricio, que está ahí sin pronunciar palabra y nos mira á uno y á otro con embobado gesto, le diría:

«—Usted cree ser completamente dichoso, y no sospecha que su padre no sólo le suplanta en la casa, sino en el corazón de su querida, y que su amigo hace lo mismo en el corazón de Clotilde.»

—Sí, si yo quisiese, me vengaría del aislamiento en que me dejan todos los en este aposento reunidos y les vería arrastrarse á mis pies solicitando perdón.

—Y es lo que haré, añadió la víbora, dirigiendo una mirada al reloj, si dentro de cinco minutos no ha venido alguno á sentarse á mi lado.

Como puede ver el lector, no andaba Mauricio tan descaminado en sus temores.

Por fortuna, durante el soliloquio de la de Neuilly, los intereses particulares habían determinado conversaciones parciales.

Como ya hemos indicado, León de Vaux estaba sentado al lado de Clotilde.

—Señora, la dijo éste en voz baja y tras un instante de silencio, celebro infinito encontrarme al lado de V. para asumir toda la responsabilidad de los extraños e inesperados sucesos que se han desenvuelto durante el día en esta quinta, y al mismo tiempo para disculpar á mi amigo Fabián. Por muy dolorosa que sea para mí la convicción de que he podido incurrir en su desagrado de V., me cumple acusarme; yo soy quien, atendiendo á una invitación de la señora de Barthele, he conducido aquí á Fernanda; Fabián lo ignoraba todo.

—Caballero, contestó Clotilde con calma y dignidad, sé que es V. amigo del señor de Rieulle, y su lenguaje me demuestra que comparte con él sus más íntimos pensamientos. Evítame, pues, el disgusto y la necesidad de darle á entender cuán inútil sería que volviese á poner los pies en esta casa. La prudencia y la delicadeza le hubieran indudablemente aconsejado hacerlo; pero ya que V. me proporciona la ocasión de explicarme lisa y

llanamente respecto de él, hágame el favor de decirle que los desvíos de un marido no autorizan nunca á la mujer á que falte á sus deberes cuando la mujer es de aquellas que hallan la dicha en la tranquilidad de conciencia. Observe V. que no pronuncio la palabra virtud por temor á no exagerar. Sírvase añadir que no me mueve á decir á V. lo que le estoy diciendo, el temor, pues así como le he escuchado y visto sin zozobra, podría hacerlo otra vez sin riesgo alguno; pero para él sería más decente, y para mí más respetuoso, que de hoy en adelante se abstuviese de visitarnos; Mauricio podría sorprender una de sus miradas ó coger al vuelo alguna de sus palabras, y no respondo de que me viese con fuerzas suficientes para disimular por más tiempo el disgusto que me produciría su traición á un amigo. Ahí por lo que respecta á Fabián. En cuanto á V., señor de Vaux, la acusación que V. mismo se echa encima me deja poco que decirle. Con todo, á los cargos que le dirige ya su propia conciencia, añadiré que ha demostrado usted grande imprudencia al no reflexionar que me envolvía en el ridículo el encontrarme frente á la señora Ducoudray, mujer muy hermosa y distinguida, perfectamente educada, hija de excelente familia y de conducta intachable, así me complazco en creerlo, pero á quien, al fin, ha amado y continúa amando mi esposo. La razón que le ha movido á V. ha sido buena, pero no siempre es ésta la que regula el modo de recibir á la gente, sobre todo, tratándose de las mujeres, cuyas sensaciones suben siempre del corazón á la mente, ofuscándonos y no dejándonos casi nunca fuerza suficiente para raciocinar. Nuestras antipatías y nuestras preocupaciones son á las veces insuperables, y V. se halla relacionado por modo tan íntimo con un acontecimiento tan triste, que conozco me será imposible olvidarlo. Hágame V. cargo, pues, señor de Vaux, de mi disgusto si la acogida que le dispensase, de verle de nuevo por esta casa, se resintiese de las circunstancias en que me encuentro, lo que no podría dejar de suceder, lo confieso, atendida la falsa y mala posición en que me veo colocada.

Clotilde acompañó con una de sus más graciosas son-

risas estas últimas palabras, que León escuchó con gesto estupefacto; luego se levantó, y al ver al lado de Cornelia un sitio vacío, fuese á ocuparlo, pese á la poca ó ninguna simpatía que le inspiraba su prima.

Ya era hora, pues la viuda, con los ojos fijos en el minuterio del reloj, no contaba ya los minutos, sino los segundos.

—¡Ahl mi querida prima, exclamó Cornelia con el acento agridulce que le era habitual, gracias por haber reparado en mi aislamiento; es V. muy bondadosa... No puede V. figurarse el alegrón que me da al venir á hablar un rato conmigo; tengo que decirle á V. tanto... Desde que no nos hemos visto, he sabido cosas muy buenas de mi antigua compañera de San Dionisio. Primeramente no está casada; luego es una casquivana de tomo y lomo. En una palabra, goza de una fama nada envidiable.

—Prima, interrumpió Clotilde con voz áspera, aun suponiendo que cuanto V. dice es cierto, sepa que, á lo menos durante el tiempo que se encuentre aquí, me hubiera placido grandemente ignorarlo.

—Pero V. sabe que ha trastornado los cascos á Mauricio.

—Me cabe la seguridad de que éste va á probarme lo contrario, contestó Clotilde levantándose y yendo á sentarse al lado del enfermo en busca de un refugio contra los demás y contra sí propia.

Ínterin, la baronesa, por su lado, conversaba en voz baja con el de Montgiroux.

—Conde, le decía, de buenas á primeras y obedeciendo á mi natural confiado, he creído cuanto me ha manifestado V. respecto de Fernanda.

Montgiroux se estremeció; pero reponiéndose al punto, contestó:

—Y ha hecho V. bien, baronesa, pues le juro que he dicho la pura verdad.

Este era ya el octavo juramento que en poco rato hacía el conde, quien, como es sabido, los soltaba con la mayor facilidad.

—¿Así, pues, V. no conoce á Fernanda?

—Es decir, la conozco de vista, como conoce todo el mundo á una mujer á la moda.

—¿Sigue V. siendo libre?

—¿Qué entiende V. por esta palabra?

—Que no le sujeta á V. lazo alguno secreto que le impida disponer como más bien le plazca del resto de su vida.

—Ninguno, excepto mis deberes políticos.

—Nada tienen que ver sus deberes políticos con lo que pregunto á V. Le agradezco, pues, que me haya tranquilizado respecto de estos extremos. Ya daremos remate á esta conversación á otra hora y en otro sitio.

La baronesa se levantó á su vez y fué á sentarse al lado de Cornelia.

—¿Qué hay, prima? la dijo la viuda, ¿qué le pasa á usted? nunca la he visto tan pálida como ahora. ¿Acaso el señor de Montgiroux le ha confesado á V...?

—¿Qué?

—¡Cómo qué! lo que todo el mundo sabe, que está enamorado de mi antigua amiga de colegio, de Fernanda, y que es el afortunado sucesor de Mauricio.

—Ignoro, contestó con frialdad la baronesa, si el conde de Montgiroux ama ó no á su antigua amiga de usted; pero si sé que la convidó á V. á mis bodas con él, que se efectuarán dentro de quince días ó tres semanas.

—¡Qué locura! dijo la viuda.

—No hay tal, señora, repuso la baronesa con dignidad; es pura y sencillamente la reparación de un escándalo que muy tarde por desgracia he advertido hacia demasiado tiempo que duraba.

Y levantándose y haciendo un frío saludo, fué á sentarse al lado del lecho de Mauricio, junto á Clotilde.

En este instante, Fernanda, cediendo á un impulso casi impremeditado, se separó de Fabián, con quien seguía conversación tirada, y á su vez se sentó al lado de la de Neuilly.

—¡Ahl mi querida amiga, dijo Cornelia, te agradezco el impulso que te ha traído. Te encontrabas ahí, junto á un joven gallardo y elegante, que es más que

probable te dirigiera palabras de mieles, y le abandonas para venirte á conversar con una pobre aislada. Sea lo que fuere, has hecho bien, pues ya sabes que una se encuentra más aislada en un salón lleno de gente que no en el más solitario bosquecillo, donde puede haber quien nos escuche y nos oiga. Ea, por fin podemos empezar nuestras confidencias. Vamos á ver, ¿en qué se ocupa tu marido? ¿es joven? ¿es amable? ¿está rico? ¿te quiere mucho?

Fernanda fijó en Cornelia una mirada severa. Siempre prevenida contra los demás y á menudo contra sí misma, no podía engañarse respecto de tan vulgar ironía. Casi siempre su delicado tacto descubría todo intento hostil, y en las circunstancias en que ahora se veía colocada, sus presentimientos, unidos al estudio profundo que del carácter de la vida hiciera, la pusieron instintivamente en prevención contra el peligro. Obligada, empero, á bajar la voz y á domeñar la vehemencia de sus sentimientos, su contestación asumió algo de estridente que hizo estremecer á Cornelia.

—Señora, dijo Fernanda, la extremada reserva que para con V. he guardado y el respeto de que le he dado muestra, deberían desarmarla. No sea V. implacable para con una mujer que ha sido amiga suya, y que antes de dirigirla V. la palabra, se consideraba indigna de semejante dictado. No me obligue V. á justificarme abiertamente, pues no puedo sin hacer caer el peso de mis faltas sobre otras personas. Compadézcase V., pues, de mí, no me acuse. La virtud pierde grandemente cuando deja de ser compasiva para con los que sufren. Sea V. buena é indulgente, y si así lo hace, obrará V. con dignidad y nobleza. Quisiera, señora, no verter palabra alguna saturada de la agrura de mis resentimientos. Las mujeres á quienes nadie acomete no tienen el trabajo de defenderse. Por desgracia, empero, esta verdad no justifica en modo alguno á las que se han encontrado en semejante trance y no han sabido vencer.

Entonces la cortesana, sostenida por su propio dolor, se levantó con nobleza y dignidad regias, fué á sentarse al piano, abriólo, y con mano maestra empezó un pre-

ludio. Era recordar á los circunstantes que la reunión en el aposento de Mauricio no tenía más objeto que el de cantar y tocar el piano.

Sólo para Fernanda la música era el aislamiento, la soledad, en una palabra, un medio de derramar por su voz las lágrimas que la henchían los párpados y los sollozos que le quebrantaban el pecho. Todos se callaron, pues había algo tan profundo y vibrante en aquel preludio, que cada cual comprendió que el canto iba á rayar en lo sublime.

El preludio era heraldo de la romanza del *Sauce*, esa obra maestra de dolor cuya gravedad y sencillez nos admira ver descollar en medio de las brillantes *fioritures* de la música rosiniana, y que, cuando apareció, debió de dejar adivinar en porvenir cercano el *Moisés* y *Guillermo Tell*.

Fuese que el estado febril en que Fernanda se encontraba mejorase todavía la expresión acostumbrada de su voz, ó bien que la joven hubiese reunido todos los recursos de su exuberante organismo musical á fin de producir profunda impresión en Mauricio y de prepararle para la escena que necesariamente debía ocurrir entre ambos, nunca, á lo menos por lo que respecta á los presentes, los cuales, como recordará el lector, estaban individualmente dominados por una pasión ó por algún sentimiento, la voz humana había llegado á un grado tal de esplendor y de magia; todos escuchaban jadeando, sin aliento, inmóviles, aquella vibrante melodía que se difundía por el aire, y que, semejante á un aroma, envolvía á los oyentes, penetraba en ellos y circulaba por sus venas produciéndoles extraños y desconocidos calofríos. Aquel canto, ya tan magnífico y triste de suyo, en boca de Fernanda adquiría un no sé qué de desconsolador y de profético que subyugó las más zumbonas organizaciones, á los excépticos más recalcitrantes; de modo que á la tercera estrofa Mauricio, Clotilde, la señora de Barthele, el conde de Montgiroux, León, Fabián, y aun la viuda, semejantes á aquellos titanes que ensayaran luchar contra Júpiter, doblegaron la frente fulminados bajo el poder del arte y del numen.

XXII

El reloj dió las once, y el extraño ruido de sus campanadas, al confundirse con la armonía que al parecer tenía pendiente de la voz de Fernanda las almas de todos los circunstantes, rompió el hechizo; era la voz de la tierra, el grito del tiempo.

La de Neuilly fué la primera en sacudir la invisible cadena que sujetaba al auditorio. Su alma se encontraba mal en aquella región sobrehumana; para gozar de todo su ascendiente le era menester la solidez de lo positivo, cual á Anteo le era necesario el suelo para recobrar las fuerzas que Hércules le hacía perder al levantarlo entre sus brazos. Por otra parte, á la viuda la tenía fuera de tino el verse obligada á confesarse á sí propia la especie de ascendiente moral que la cortesana ejerciera sobre ella; por vez primera no había atinado con la réplica, enmudecido en presencia de una mujer. ¿Dónde estaba su acrimonia? ¿Habíala acaso paralizado la fría dignidad de Fernanda? Este pensamiento humillaba su vanidad; era preciso que á toda costa reparase semejante descalabro, que entrase de nuevo en su carácter, que recobrase la confianza en sí misma, que meditase alguna maldad, para convencerse claramente de que nada había perdido de sus excelentes hábitos; pero conocía que ante todo le eran indispensables el aire y el espacio para que pudiese librarse enteramente del terrible influjo que la civilidad, la exquisita elegancia y el tono superior de Fernanda ejercieran en ella. Así pues, resolvió marcharse; pero las retiradas de Cornelia eran como las de los partos, y la aristocrática dama nunca era más peligrosa que en el instante en que se retiraba.

—¡Las once! exclamó la de Neuilly; ¡válgame Dios, querida baronesa, y cómo pasa el tiempo! ¡Cuando imagino que el minuterero ha dado la vuelta á la esfera desde que estoy aquí! Sin embargo, el enfermo necesita descansar, ¿no es así, doctor Gastón?

El médico hizo con la cabeza una señal de asentimiento.

—Así, pues, le dejo á V., mi querido Mauricio, continuó la viuda, pero confiada en su pronto restablecimiento. Hasta la vista, mis queridas primas; hasta luego, señor de Montgiroux; mañana voy á ver la mitad de la cámara alta en casa de la duquesa de N... y le disculparé con sus ilustres compañeros á propósito de la reunión preparatoria que V. sabe. ¡Ah! mi querido primo Mauricio, no existe hombre que no quisiese hallarse en su lugar, no fuese sino para verse cuidado como V. lo está. La verdad es que da gusto encontrarse enfermo cuando uno es objeto de tantos mimos inspirados por sentimientos á la vez tan afectuosos, tan magnánimos y tan interesados. Presumo que la señora Ducoudray se queda aquí, pues su carruaje ha partido; yo he retenido el mío, un misero simón; con todo, si tal cual es, los señores Rieulle y de Vaux no se desdenasen de tomar asiento en él, me placería viajar bajo su salvaguardia, no porque tema los lances, á Dios gracias; ¡pero el acaso es tan singular y me ha dado hoy tan estupendas lecciones! Quién sabe, no faltaría sino que en medio de la oscuridad me tomasen por la señora Ducoudray y me llevasen engañada á alguna parte, que es lo que hay que evitar en interés de todos.

—Siento en el alma, señora, dijo Fabián, no poder disfrutar del honor de acompañarla; me he venido en mi tilburí, y mi caballo es tan asustadizo, que lo rompería todo si en la mano de su conductor no conociese la de su amo; pero, añadió sonriendo, ahí está mi amigo León, que ha venido con la señora Ducoudray, y que se dará mil parabienes de regresar á Paris en compañía de V.

León, que cogido en el lazo, no pudo retroceder, lanzó una mirada iracunda á Fabián y ofreció galantemente el brazo á Cornelia, la cual aguardó todavía un instante para ver si la baronesa y Clotilde se levantaban para darle un beso; mas al notar que éstas se contentaban con dirigirle una fría reverencia, les respondió con otra parecida. En cuanto á Fernanda, se limitó á ponerse en

pie delante del piano, y se inclinó con más frialdad aun que las primeras.

No bien la de Neuilly hubo traspuesto la puerta del salón en compañía de los dos jóvenes, cuando todos y cada uno de los personajes que en él quedaron sintieron una perplejidad extrema. Mientras los extraños, los importunos y los mal intencionados estuvieron presentes, cada cual había experimentado la necesidad de velar por sí y de defenderse, y el instinto de conservación prestado alientos á todos; pero una vez fuera León, Fabián y Cornelia, quedaban, por decirlo así, en familia, y por tanto desaparecía la necesidad de la mutua consideración, dejándoles á todos en un malestar real. La pobre Fernanda, sobre todo, abandonada por su orgullo que la de Neuilly parecía haberse llevado consigo, y próxima á perder su serenidad al imaginar que se encontraba sola en aquella casa, de la que todas las consideraciones sociales le cerraban la puerta, sintió una emoción irresistible. ¿Por qué habían despedido su carruaje? ¿Qué más esperaban de ella, y qué podía hacer en pro de Mauricio, después del secreto de paternidad que sorprendiera entre él y el conde? En suma, ¿cómo por su parte este último podía aguantar su mirada? Mas estas preguntas que le cruzaron por la mente permanecieron sin respuesta ante uno de esos impulsos del alma que preceden á las acciones alentadas, á las resoluciones firmes é instantáneas. Verdad es que en su cerebro todo era todavía vago y confuso; pero en él acababa de surgir una luz, y estaba resuelta á que su claridad le sirviese de guía.

—Señora, dijo la joven á media voz á la baronesa, creo he dado á V. una gran prueba de abnegación sintiendo en todo cuanto ha deseado de mí durante el transcurso del terrible día de hoy; ¿qué exige V. más de mí antes no me retire? estoy pronta á complacerla.

Esta pregunta, hecha en ocasión en que la de Barthele se encontraba en disposición de ánimo análoga á la que dominaba la situación general, la turbó por modo inusitado. A la baronesa no la sostenía ya en sus relaciones con Fernanda el temor de perder á su hijo, que habla

entrado visiblemente en convalecencia; por otro lado, al imaginar que la cortesana le arrebatará, ó estaba á pique de arrebatárle el conde, sentía despertar el egoísmo en el fondo de su alma, y se arrepentía de haberse abandonado al impulso de confianza que le inspirara la idea de despedir el coche de la señora Ducoudray. Pasado ya el peligro, tal vez iba á ceder á esa ingratitud tan natural en la gente encumbrada hacia aquellos á quienes miran como sus inferiores, y á quienes creen, por ende, suficientemente recompensados con haberles dado ocasión de servirles; quizás iba á proponer brutalmente á la señora Ducoudray hacerla conducirla á París en su propio carruaje, cuando Clotilde, que notó la vacilación de su suegra y dominó con una mirada la situación, cediendo á los instintos generosos de la juventud, se apresuró á asir la mano de Fernanda y á decir:

—Señora baronesa, á mí me corresponde ahora hacer á nuestra amiga los honores de la hospitalidad.

Y luego volviéndose hacia su marido, añadió:

—Mauricio, vamos á dejarle á V.; hace rato que han dado las once, y es menester no abusar de las fuerzas. Esté V. tranquilo, y piense que todos nosotros hacemos votos no sólo por su salud, sino también por su dicha.

En determinadas circunstancias el silencio es más elocuente que las palabras. El enfermo contestó únicamente con una suave mirada y un débil suspiro, cuyo significado comprendieron á la vez Clotilde y Fernanda.

Sólo el par de Francia había quedado como clavado en su silla de brazos, y entregado al parecer á reflexiones profundas y á la lucha de resoluciones contradictorias.

—Señor de Montgiroux, dijo la baronesa, ¿no le parece á V. también que es tiempo de retirarnos y de dejar á Mauricio que descanse? Como nosotros y más que nosotros el pobre debe tener necesidad de reposo después de un día como el de hoy.

El conde, arrancado de su febril soñolencia, se levantó, murmuró algunas palabras que podían haberse tomado como una confirmación del pensamiento emitido por la baronesa, y dócil cual niño culpado, se salió del

salón después de haber estrechado la mano á Mauricio y saludado á la señora de Barthele, á Clotilde y á Fernanda.

Mauricio exigió que le dejaran á solas, apoyándose en que no podía contar con guardián más fiel que su propio pensamiento, con el que tenía gran necesidad de departir á su vez, y añadiendo que su ayuda de cámara se quedaría en la antecámara, al alcance de su voz y del ruido de su campanilla. Interrogado el médico sobre el particular, manifestó la necesidad de complacer al enfermo; y no contrariarle sino en caso imprescindible. La señora de Barthele, tranquilizada, no insistió, saliendo del dormitorio después de dar un cariñoso beso á Mauricio. Por lo que hace á Clotilde, saludó con una pester mirada á su marido y salió á su vez para conducir á Fernanda á sus habitaciones.

Poco después y en medio de las sombras de la noche, en la quinta, nuevamente tranquila, á lo menos en la apariencia, el drama del corazón quedó limitado á monólogos.

En la no interrumpida lucha de las pasiones á que da vida el egoísmo inherente á la especie humana, y las cuales, como hijas sumisas, le alimentan á su vez, la más violenta de todas debía atormentar interiormente á las cinco personas que aun quedaban en la quinta de Fontenay, sobre todo cuando pudieron reconcentrarse en la soledad y el aislamiento, libres de toda presión extraña. Entonces los celos, ó reduciendo esta poética palabra á su expresión material, el amor propio desplegó sus alas en los espacios de la imaginación, para replegarlas luego cautamente en torno del nido donde se incuban las más caras esperanzas, donde para cada uno se concentran los bienes para él más preciados, donde el avaro *empolla* su dinero, donde el ambicioso calienta el huevo sin germen de las grandezas, donde el amante suelda la rota cadena de la constancia; que desde el día en que por vez primera y con el fin de satisfacer sus apetitos, el hombre tendió la mano hacia su presa y se asimiló lo que podía coger, adquirir y conservar se convirtieron en los dos principios correlativos de su exis-

tencia. Nuestros cinco personajes, retirados en sus respectivas habitaciones ó aislados por la partida de los demás, analizaban allá, en su conciencia, el problema individual, considerándolo cada cual conforme á su sentir particular.

El conde de Montgiroux, en su condición de hombre de Estado, de legislador, juez, amante y anciano, debía de estar aferrado á su derecho de propiedad como á la más importante de las prerrogativas que dan la categoría, la fortuna y la posición social, y por consiguiente agarrarse á él con toda la energía de una voluntad que despide sus últimos fulgores; y como Fernanda era ahora para él objeto máspreciado, lo que más le interesaba el corazón, sobre todo desde que la veía tan codiciada y atacada por todos lados, para conservarla estaba dispuesto á arrostrar los más grandes sacrificios.

Según el conde, había dos medios para conservar á Fernanda: el primero, el que naturalmente debía acudir-sele á un carácter débil y acostumbrado á la sumisión, era la astucia. Aquella noche misma y durante la conversación particular que en medio de los demás con ella sostuviera, la señora de Barthele había deslizado algunas palabras referentes á la necesidad de llevar á cabo la boda á que estaba resuelta; y el conde, que al principio y mentalmente rechazara semejante idea con toda la energía de su alma, había ido poco á poco acostumbrándose á ella, dándose á entender que este era el único medio de continuar con Fernanda la vida misteriosa que le prometía la dicha. Resolvió, pues, siguiendo su costumbre de transigir con todo, política y socialmente, hacer á la baronesa la concesión de convertirse en su esposo, pero ésta, en cambio, le otorgaría la de dejarle que continuase con su querida.

Por desgracia, al adoptar tan ingeniosa combinación, la dicha del par de Francia se apoyaba siempre en un punto dudoso, en la adhesión de Fernanda, y como conocía á la joven, sabía que ésta difícilmente se prestaría á un arreglo semejante, por más lógico y conveniente que fuese.

El otro medio consistía en uno de los recursos que al

principio rechazamos por insensatos, luego se nos presentan de nuevo en la mente después de haber tomado más cuerpo á medida de la distancia á que les hemos relegado, y pronto vuelven á asaltarnos, siempre agrandándose, hasta que se apoderan de nosotros por completo, inspirándonos cada vez menos terror, y por fin y tras una lucha victoriosa nos aparecen tan naturales cuanto monstruosos al principio.

Montgiroux había dado tantas vueltas y revueltas en su imaginación á este proyecto disforme y descabellado, que concluyó por parecerle muy hacedero; ahora bien, dicho proyecto no era otro que el de casar con Fernanda.

—Hay un hecho positivo, decía para sus adentros el anciano, y es que ahora no puedo ser dichoso sin la posesión de esa mujer encantadora, indispensable ya á mi vida; pero me será más fácil apaciguar á la baronesa que no conseguir que Fernanda se me sacrifique. Si debo, cuerda ó insensatamente, casarme, á lo menos que sea en pro de mi dicha y para embellecer los últimos años de mi existencia. Fernanda, que es hija de familia noble, de carácter noble también y de inteligencia cultivada, conocerá la grandeza del sacrificio que por ella me impongo, y una vez esposa mía, para rescatar sus pasados extravíos se creará obligada á guardar una conducta intachable. Entonces no temeré más á mis rivales, por jóvenes y seductivos que sean. Mauricio, sobre todo, deberá respetar á la mujer de su tío, ¿qué digo? á la esposa de su padre. La baronesa, una vez sosegada, comprenderá y hará comprender á todos que no me guía otro fin que el de restituir Mauricio á Clotilde, otra idea que la de desvanecer las últimas esperanzas del insensato y culpado amor de éste. Fernanda, dirá la gente, ha opuesto resistencia á Mauricio, y éste, desesperado, en un tris ha estado como no se muere de resultas; lo cual no puede menos de producir buen efecto. Ahí las consideraciones que me habrán decidido á mí, y me valdrán, además, la gloria de una grande abnegación. La señora de Barthele misma dará al mundo este hermoso ejemplo de amor maternal y de respeto humano. Nuestra conducta será

interpretada del modo más favorable, si sabemos escoger uno de esos instantes en que la sociedad se encuentra bien dispuesta. En una palabra, este lance novelesco será tanto más patético cuantas más inverosimilitudes asuma. La gente cree aquello que quieren darle á entender, con tal que lo que se le diga sea increíble; sí, es la mejor determinación, la que debo aceptar, la que lo concilia todo, y por tanto la más prudente. A ella me atengo pues. Mi vida pública pertenece á mi patria, y á Dios gracias, durante los cuarenta años que le he dedicado me he sacrificado lo bastante por ella; pero mi vida privada me pertenece á mí solo y puedo hacer de mi capa un sayo. Por otra parte, sea yo dichoso y digan lo que quieran; además, ¿cuánto tiempo durará la murmuración? Mi casamiento levantará polvareda ocho días antes y ocho días después de su celebración; hablarán mucho de él por espacio de seis semanas y se ocuparán en él todavía otro mes, incidentalmente. Iré á baños con Fernanda, donde con sus hechizos seducirá á cuantos la vean; hablaré de mis proyectos de recepción semanal para el invierno, en las cuales daré ora un baile, ya una velada musical; y como estoy rico, concurrirán mi casa las mujeres más hermosas y los mejores cantantes de París: al cabo de tres meses serán solicitadas mis tarjetas de convite, y á lo menos de este modo tendré casa, vivienda, hogar doméstico, y disfrutaré de una dicha de que me he visto privado incesantemente, cuando nací para las virtudes interiores de la vida íntima. Ea, está decidido, y voy á aprovecharme de las emociones del día de hoy, que han debido poner á mi hermosa Fernanda en disposición de escucharme. Conozco todas las entradas y salidas de la casa; sólo nos separa un pasillo; pronto dormirán todos y me aprovecharé de su sueño para llevarla esta buena nueva.

En obsequio al par de Francia, debemos añadir que ni siquiera le pasó por la mente el que Fernanda pudiese rehusar una proposición tan honrosa y sobre todo tan favorable como la que él determinara hacerle.

Montgiroux, dominado por la impaciencia, recorría en todas direcciones su aposento, prestando de cuando

en cuando atención y acechando el instante en que, sin comprometerse, podría hacer la nocturna visita.

La baronesa, por su parte y al influjo de sentimientos parecidos, también estaba entregada á la meditación; esto sin contar que además la movía la vanidad femenina, ese poderoso motor que aun en la vejez conserva por completo el calor y la actividad de la juventud y conserva las ilusiones del corazón hasta el extremo de volver ridiculo en los unos lo que compadecemos ó admiramos en los otros.

Demás, la baronesa, como ya hemos manifestado, había sido intachablemente constante en su infidelidad; engañó á su marido toda la vida, es cierto, pero nunca al amante. Así es que la confianza natural que consigo misma tenía, se robustecía aún más con la que le inspiraba la fidelidad guardada; de tal modo, que sostenida por sus extravagancias en la esperanza de conservar y por sus cualidades en el temor de perder, estaba segura de su autoridad, sobre todo cuando se trataba de imponer su voluntad al conde de Montgiroux, quien, por lo demás, hasta entonces no ensayara nunca sustraerse á ella sino muy tímidamente.

Además, la vislumbre á que diera vida en su alma la preocupación del conde desde la llegada de la señora Ducoudray, vislumbre que el maligno apóstrofe de la de Neuilly había trocado en luz, deslumbradora, ponía á la baronesa en un estado de exaltación fácil de concebir para quien quiera conocía su carácter atolondrado, irreflexivo y propenso á la ira.

—¡Ingrato! decía entre sí la señora de Barthele, ¿quién le hubiera creído nunca capaz de un acto semejante? ¡Ah! esto me demuestra que mi ceguera ha sido muy larga y todavía más necia. Osar ocuparse en otra mujer, mostrarse con ella en público; porque de lo que ha dicho León de Vaux y de las medias palabras que ahora recuerdo se le han escapado á Fabián, se desprende que se ha presentado públicamente con ella, y sobre todo el viernes, en su palco de la Ópera. Ahí porqué todos los viernes por la noche celebraba reunión y porqué hoy mismo ha mostrado tan decidido empeño en volverse á

París y lo ha impuesto por condición si yo quería que permaneciese aquí. Luego, cuando ha visto á Fernanda y ha sabido que ésta se quedaba, no ha hablado más de marcharse. Así pues, la de Neuilly no se equivocaba, lo sabe todo, esto es, que me veo sacrificada á la mujer esa, y va á decirlo todo. Razón de más para que yo me afirme en mi proyecto; así nuestras bodas pondrán una mordaza á todas las habladurías pasadas y futuras. Pero ¿cómo se explica que esa mujer rechace á Mauricio, joven, gallardo, rico y elegante, por un hombre de sesenta años? ¡Es imposible! Imposible, no, si esa mujer es ambiciosa; porque ¿quién asegura que ella no quiera para amante á un hombre de porvenir libre? ¿Quién que el conde, rico, noble, dueño de una gran posición social, no sea el objetivo á que tira para cerrar una vida de placeres y de antojos? Porque al fin y á la postre, esa señora Ducoudray, esa Fernanda, esa señorita de Mormant es una cortesana; ella misma lo ha dicho. Muy atrevidos se han mostrado esos señores al conducir semejante mujer á mi casa, y yo excesivamente bondadosa al recibirla, porque, al fin, lo repito, es... Y la sirena es tanto más temible, cuanto tiene ingenio, modales distinguidos y una educación exquisita, en una palabra, cuanto está realmente hechicera, mal que me pese el confesarlo. El peligro es grande, lo sé, pero en proporción á su magnitud crece mi deber de luchar para conservar á Mauricio la fortuna de su tío. ¿De su tío, digo? de su padre. Por otra parte me debo á mí misma el no consentir que otra mujer ostente un apellido que me corresponde; no se dirá que no he inspirado á Montgiroux un amor eterno y único... Estoy celosa por conveniencia, se entiende... El conde no podrá negarse á darme esta prueba de cariño cuando le ponga entre la espada y la pared; porque ¿que razones alegaría en contra? ¿qué tiene que echarme en cara? Sí, se casará conmigo, y lo más pronto posible. Ni veinticuatro horas de término quiero concederle; esta noche misma voy á exigirle su palabra. Son las once y media; pronto estarán todos dormidos; su aposento está contiguo al mío; sí, iré á verle.

El plan de la baronesa era tanto más factible cuanto había ya dado fin á su tocado de noche, despedido á sus doncellas, se encontraba sola en su aposento, y, aunque no todavía en edad que explicase una acción tan sencilla como la de salir de su dormitorio, podía, de encontrarse con alguien, alegar el naturalísimo pretexto de querer saber, antes de acostarse, nuevas noticias del enfermo. La señora de Barthele persistió, pues, en su proyecto; y esperó con impaciencia infantil el instante de ponerlo en ejecución.

Clotilde estaba no menos inquieta que el conde y la baronesa; y es que desde la mañana recibiera muchas revelaciones, y en su alma se habían despertado muchos sentimientos hasta entonces desconocidos para ella. Derretida al fuego de los celos la tenue capa de hielo que le envolvía el corazón, estaba ahora muy distante de prestarse á renunciar á su derecho social de esposa. Habíase desvanecido en ella la ilusión de un amor culpado, y tampoco experimentaba ya el influjo de las impresiones secretamente favorables á otro hombre, que por un instante la pusieran á pique de extraviarle el corazón y descarriarle el juicio. Clotilde, sintiéndose con fuerzas para luchar contra sí misma, había luchado y vencido; y ahora, restituida á sus deberes y firmemente resuelta á no faltar á ellos, comprendía los celos, de los que recibía el primer tiro. La sensación que reemplazara en su alma á la que con ayuda de Fernanda de ella se había arrancado, no era ya ese afecto sencillo y fraternal que Mauricio la inspirara en otro tiempo, sino una sensación desconocida aún, y que á no tardar amenazó con envolverla por completo.

La esposa de Mauricio había conservado en su juventud los hábitos de la infancia, y, cuando mujer, guardado casi enteramente la virginal castidad de la doncella. Nunca se acostaba, á los veinte años, sin elevar á Dios la misma oración que á los cuatro; pero ahora, por primera vez, al arrodillarse la joven experimentó honda turbación al cumplir con tan piadoso acto. El recuerdo de los sucesos desenvueltos durante aquel día, le impedían el recogimiento; su alma no conseguía sobreponerse

á los sentimientos que se habían apoderado de ella. Las imágenes de Fernanda y de Mauricio pasaban y volvían á pasar ante sus ojos, enlazadas, risueñas, embriagadas de deleite. El amor empezaba á revelarse en ella, vehemente, intenso, celoso, arrastrándola hacia un marido á quien veinticuatro horas antes hubiera llorado con pesar, pero no con desesperación, y la probable indiferencia del cual en lo porvenir que todavía les estaba reservado á los dos, se convertía ahora en el temor y aun en la amenaza de un suplicio insupportable.

—¡Dios mío! murmuró Clotilde, siempre de rodillas y echándose hacia atrás, con los ojos y las manos levantados al cielo y con involuntario arranque del corazón, apiadaos de mí, devolvedme la paz del alma. Os he pedido la conservación de la vida de mi esposo; pero ahora que me la habéis concedido, decidme, Señor, si vais á quitarme la mía; si va á convertirse en manantial de lágrimas la unión en vuestro nombre bendecida, consagrada por vuestro ministro, jurada al pie de los altares. Vuestra santa ley me impone que ame á Mauricio, y una mujer extraña es la que posee su corazón, la que á su antojo dispone de su existencia, abre ó cierra su tumba con sólo pronunciar una palabra, con la magia de su mirada, con el hechizo de su presencia. ¡Oh! concededme á mí, Señor, el poder que habéis concedido á esa mujer para quien Mauricio nada es; concedédmelo á mí, Dios mío, para quien Mauricio lo es todo; porque ahora siento que tengo necesidad de amor. Mis facultades dan paso á sensaciones nuevas; no quebrantaré vuestra santa ley ni las leyes humanas, pero libradme de este espantoso martirio que siento por la primera vez, los celos, el odio quizá. Y sin embargo no sería justa si odiase á esa mujer, pues me ha salvado; me ha salvado, sí, ella, ¡mi rival! Los nobles sentimientos que ahora alimenta mi alma, el casto ardor que me sustenta, ella los ha encendido en mí al relato de sus desventuras. He llorado con sus sufrimientos y me he estremecido al ver que los míos podían superarlos. En lugar, pues, de odiarla, ¿no vale más que confie en ella y ponga mi porvenir entre sus manos? Sí, iré á pedirle

de rodillas que me restituya á Mauricio, pues siendo ella quien me ha aconsejado que conservase mi pureza, ella será quien con la pureza que me ha conservado me devolverá la dicha. Sí, Dios mío, sí, iré, tendré fuerzas para ello. A mí me corresponde ahora abrirle mi corazón como ella me ha abierto el suyo. No hay que pensar en dormir; el sueño es incompatible con el llanto. Cuando los que no tienen motivo alguno para velar duermen, iré á verla.

Pronunciada esta súplica con todo el arranque de una fe profunda y pura, Clotilde se levantó con la firme resolución de celebrar una entrevista con Fernanda, tan pronto la quinta hubiese quedado sumergida en el silencio.

Veamos lo que, entretanto, hacía la cortesana.

Una vez Fernanda en el aposento que le destinaron y á solas con la doncella que debía servirla, respiró con más libertad y dijo á ésta:

—No voy á acostarme todavía; no tengo sueño; veo ahí algunos libros y pasaré el rato leyendo. Puede V. retirarse, pues tengo la costumbre de desnudarme yo misma.

—Si V. quiere, contestó la doncella, me aguardaré en el tocador contigo.

—No, gracias, es inútil; debe de tener V. necesidad de descanso y no quiero privárselo; no necesito de V. Lo único que desearía, es que por los criados de la casa se informase V. de si por acaso se había quedado mi ayuda de cámara.

—Sí, señora; sólo el cochero, obedeciendo á una orden que le ha transmitido la señora de Neuilly, ha partido con el carruaje; el ayuda de cámara no se ha movido, y aun creo que se encuentra en la repostería aguardando á que V. le mande á decir que no necesita más de él por esta noche.

—Pues hágame V. el favor de decirle que venga; tengo que darle algunas órdenes.

La doncella abandonó el aposento, mientras Fernanda se apoyó en la chimenea y aguardó.

—¡Válgame Dios! exclamó poco después el ayuda de

cámara de la cortesana, entrando en la habitación de ésta, ¿acaso se siente V. indispuesta, señora?

—¿Por qué me dirige V. tal pregunta, Germán?

—Porque está V. muy pálida.

Fernanda se miró al espejo, y efectivamente sólo entonces advirtió la alteración de sus facciones. Los músculos de su rostro, tendidos durante todo el día para ocultar las impresiones del ánimo, se habían aflojado por fin, grabando en él la huella del más profundo abatimiento.

—No es nada, dijo la joven sonriendo, gracias; un poco de fatiga y nada más. Escúcheme bien: lo que voy á exigir de V. en este instante es de gran trascendencia para mí; á la vez le pido celo y discreción.

Al pronunciar estas palabras, Fernanda entreabrió los visillos de la ventana, miró al campo y continuó:

—La noche está clara; la aldea sólo dista dos pasos; halle V. el medio de salir de la quinta y entrar de nuevo en ella sin molestar á nadie. Tome V., dé estos dos luis al criado que le ayude. Va V. á llegarse hasta Fontenay para alquilar un carruaje, sea el que fuere y por el precio que exijan; el cual carruaje deberá aguardarme al extremo de la alameda. Nada se opondrá á mis designios, ¿no es eso?

—Nada, señora, y cuanto antes va á quedar V. satisfecha; ¿pero qué haré luego?

—Quedarse abajo, en la antesala, y aguardarme. Se entienda que á mi vez podré salir de la quinta cuando me acomode.

—Nada más fácil, señora, contestó el ayuda de cámara dando algunos pasos para alejarse.

—No se vaya V. todavía, dijo Fernanda; para explicar mi partida, pues no puede V. emprender nada sin auxilio de alguno de los criados de la quinta, dirá V. que no me siento bien y que me voy á la callada para no molestar á nadie.

—Perfectamente, señora.

Una vez á solas, Fernanda pudo también entregarse á la meditación con toda libertad, y abandonarse al impetu de su dolor, largo tiempo contenido. Las diversas emociones que simultáneamente la habían atormentado

desde la mañana y ella combatido y vencido una en pos de otra, revivieron en su corazón con toda la fuerza primitiva y con toda la hiel de los impulsos que les dieron vida. No parecía sino que las esperanzas que por un instante la arrullaran, cuando, una vez hubo bajado al jardín, se disponía á dirigirse al sitio para el cual la citara Montgiroux, le infligian justo castigo. El terrible secreto que de improviso se levantara ante ella cual obstáculo insuperable en el instante en que acababa de concebir el culpado designio de prolongar una dicha misteriosa, abría á sus pies un abismo más espantoso que nunca. Colocada entre el conde de Montgiroux y Mauricio, no le era ya posible ver al uno y sonreír al otro sin que la idea del incesto helase en lo más íntimo de su conciencia el germen de toda tierna emoción. Por un instante se había olvidado del sentimiento que la sostenía firme y arrogante en medio de su existencia, y ahora no le cabía sino rescatar su falta por medio de un sacrificio supremo é irrevocable.

—No, murmuraba la joven con la sonrisa triste de los corazones lacerados, no, nunca descenderé á semejante grado de infamia; no, no me expondré más en la lucha de las pasiones. El día de hoy, en el cual se han reunido para mí tan terribles lecciones, ha señalado mis últimos pasos en esta existencia excepcional, de la que nunca como en lo presente me he sonrojado. No puedo ya seguir adelante sino para cometer nuevas faltas, y debo no exponer lo que en mí ha quedado puro del contacto del vicio. Quiero expiar los escándalos que he dado al mundo; salvar el alma después de haber perdido el cuerpo.

En este instante se abrió suavemente la puerta del aposento de Fernanda, y el ayuda de cámara de confianza de Mauricio, que tantas veces había sido mensajero de sus antiguas palabras de amor, entró con una carta en la mano.

Dicha carta, decía así:

«Renazco á la vida por influjo de V., pero también para V., Fernanda. ¿No siente V. acaso, como yo, la

necesidad de encontrarnos á solas por un instante, para reanimarnos mutuamente con la esperanza hacia lo venidero? Venga V., pues, á la cabecera del lecho del enfermo para dar feliz remate á la curación. Mil veces le había jurado á V. que mi amor no concluiría sino con mi vida, y quiero que se convenza V. de que mi vida no puede prolongarse sino por mi amor. Venga V.; todos están durmiendo á estas horas. En la quinta, sólo yo velo, sufro y espero.

MAURICIO.»

—Diga V. al señor de Barthele, contestó Fernanda, que dentro de diez minutos estaré á su lado.

Pero cuando el ayuda de cámara de Mauricio se hubo salido del aposento de la joven para transmitir á su amo la contestación de ésta, Fernanda sintió tan profunda emoción, que cayó casi desvanecida en una silla de brazos.

XXIII

Diez minutos hacía que Fernanda permanecía inmóvil y meditabunda, cuando el de Montgiroux abrió la puerta del aposento de ésta.

Estaba la joven tan distante de esperar semejante visita, que se estremeció con impulso parecido al espanto.

—¡Usted, señor conde! exclamó aquélla, fijando en el de Montgiroux los admirados ojos; ¿qué viene á hacer usted aquí, y qué quiere de mí á semejantes horas?

Sin embargo, Fernanda, cuya exclamación era trasunto del terror instintivo que sentía, ignoraba que en el instante mismo en que el conde se aventuraba en el pasillo, prudentemente pertrechado con su bujía, la señora de Barthele, por su lado, abría furtivamente la puerta de su aposento y se arrojaba á ir sin luz alguna al encuentro del par de Francia, á quien contaba presentar su ultimátum matrimonial.